

de pensamiento racional que se constituya independiente de una fe vital e intelectual en Dios (p. 201 ss.). ¿Fue Sarmiento realmente un «ilustrado» en el pleno sentido de la palabra, o bien debemos considerarlo una figura jánica, situada entre un pensamiento teológico tardío y la auténtica Ilustración venidera? En algún pasaje del libro, se desprende claramente esto último (por ejemplo, en la p. 476). Sería el único punto con el que sentiría del autor. Ya M. Batllori demostró, en su momento, la presencia en la época de una «Ilustración cristiana» que, a causa de su fe, no era más visible en sus contradicciones (y menos racional) que una Ilustración «atea», pues, como reza el dicho: «Hay razones del corazón de las que la razón nada sabe». Con esta condición, Martín Sarmiento sí que es heredero de una larga tradición humanística, y no tan solo un erudito. ¿O es que no intentó también él poner un orden al mundo y a su propia sociedad, a pesar de no ser del todo consciente de ello? Una prueba es que, a pesar de su segura misantropía, no dejó de escribir durante toda su vida: otra de sus numerosas contradicciones, pero que esta vez le honra. Aunque Martín Sarmiento no fue un hombre feliz (esta es la clara impresión

que se percibe), sí que, en la redacción del texto, le hubiera concedido el tratamiento de «padre», pues, en la constante lucha vital y de pensamiento que sostuvo, la fe religiosa debió mantenerle sobrio, y la lectura y el estudio, sosegarle.

Dicha observación (con la que el lector de esta recensión puede también no estar de acuerdo), junto con la minucia de la necesidad de incluir un índice final para las numerosas «figuras» y «tablas» que ilustran y compendian un texto de cuidadosa redacción, y quizás la repetición deliberada de algunas ideas (útiles, sin embargo, para los futuros lectores de un trabajo tan extenso) es todo lo que puedo objetar. En definitiva, Antonio T. Reguera nos guía, mediante una exposición clara y sistemática por el pensamiento geográfico de Martín Sarmiento, como en un viaje que no pierde intensidad. ¡Enhorabuena!

Miquel Torras Cortina

Universitat Autònoma de Barcelona
miquel.torras@uab.cat



LIANERI, Alexandra (ed.)

The Western Time of Ancient History: Historiographical Encounters with the Greek and Roman Pasts

Nueva York: Cambridge University Press, 2011, 356 p.

ISBN 978-0-521-88313-9

Excelente contribución a la historia de la historiografía que aborda la génesis del pensamiento historiográfico occidental. Se trata de un volumen ideado tras un seminario celebrado en mayo de 2005, el Craven's Seminar de Cambridge, con el título *Ancient Histories and Modern Historicities*. El resultado son quince capítulos, más la introducción de la editora, la profesora Alexandra Lianeri (Universidad de Tesalónica). La edición del volumen es magnífica en todos los aspectos: calidad de

la encuadernación, gramaje del papel, índice analítico y onomástico, además de una bibliografía final que facilita la lectura de la obra y justifica el precio.

En cuanto al contenido se refiere, merece la pena señalar la homogeneidad de su calidad científica. Todos los contribuyentes son autores consagrados y ello se hace notar en la madurez de sus exposiciones respectivas. A nivel general, cabe remarcar únicamente la patente incongruencia entre el título y el contenido. A decir verdad, casi la totalidad

del volumen trata sobre la recepción a lo largo de la época moderna y contemporánea de la obra de Heródoto y Tucídides. En especial, el libro enfatiza sobremanera la recepción de dichos autores en los siglos XVIII y XIX, analizando las obras de intelectuales tan insigues como W. von Humboldt, W. Mitford, J. Gillies, G. Grote, G. Droysen o L. Ranke, entre muchos otros; todo ello bajo el potente prisma interpretativo de A. Momigliano, cuya huella historiográfica se hace notar a lo largo de todo el volumen. Como señalábamos, la obra se centra excesivamente en Heródoto y Tucídides, dejando bastante al margen las aportaciones de la historiografía romana al pensamiento historiográfico occidental (dos capítulos). El epílogo, constituido por dos capítulos firmados por O. Murray y J. Dunn, glosa perfectamente el argumento de la obra y ofrece una versión crítica de la misma. Asimismo, la introducción confeccionada por la coordinadora (A. Lianeri) se aparta de lo que suele ser habitual en este tipo de iniciativas, es decir, una sucinta y a veces insulsa presentación de los contenidos. En cambio, la autora presenta una introducción bien redactada con algo más de treinta páginas, exponiendo los contenidos y explorando la relación entre las diversas aportaciones. También resulta muy gratificante apreciar el esfuerzo de la coordinadora al traducir algunas contribuciones que originalmente no se escribieron en inglés. Todo ello redundará en un enfoque diverso, que recoge las aportaciones de la historiografía anglosajona, alemana, francesa e italiana.

No obstante, existen algunas cuestiones, tanto de fondo como de detalle, que merecen comentarse aparte. La obra aborda con suficiente claridad el tema de la conceptualización del tiempo (el pasado) en la época clásica griega y en la cultura occidental desde el humanismo, con especial énfasis en el concepto «Historia magistra vitae est», acuñado por Cicerón. Cierto es que tanto la obra de Heródoto como la de Tucídides supusieron toda una revolución conceptual de la idea del «tiempo»; el primero por apli-

car la novedosa ἱστορίη jonia al estudio de los sucesos pasados, y el segundo por conferir a la incipiente disciplina un aura de prestigio que se proyectará hasta nuestros días. Sorprende, por tanto, que no se haya hecho referencia alguna a la noción de pasado anterior a Heródoto y Tucídides, esto es, el «tiempo mítico». Bajo nuestro punto de vista, esta es la principal aportación de la historiografía griega al campo de la historia de la historiografía, la transición del μῦθος al λόγος, más teniendo en cuenta que ambas concepciones del tiempo convivieron en la Grecia clásica bajo géneros como pueden ser la tragedia y la poesía para el «tiempo mítico» y la historia para el «tiempo histórico». Sobre este tema, son imprescindibles, por ejemplo, las referencias a W. Nestle y J. de Romilly.

También detectamos otra cuestión en la que vale la pena detenerse. Pensamos que hubiera constituido una aportación muy novedosa valorar, dentro de los inicios de la historiografía griega, la figura de Jenofonte de Atenas. A decir verdad, la obra no se aparta de la opinión generalizada que sitúa a Heródoto y Tucídides como «fundadores» de la historiografía y el pensamiento histórico occidental, pero entendemos que ello se debe más a una valoración que parte de la propia modernidad, como destaca U. Muhlack en el octavo capítulo, donde analiza la obra de G.F. Creuzer (*Herodot und Thucydides*, Leipzig, 1798). Por tanto, proponemos la siguiente pregunta: ¿qué lugar ocupa Jenofonte en la historia de la historiografía? Puede argumentarse que las *Helénicas* de Jenofonte nacieron bajo la presión de continuar la obra de Tucídides, al enlazar cronológicamente con esta, pero, ¿no sucede de igual forma con el propio Tucídides? Recordemos al respecto que, en la antigüedad, hubo destacados autores seguidores e imitadores de Jenofonte, como, por ejemplo, Flavio Arriano, autor de la *Anábasis* de Alejandro Magno (s. II. d. C.). Al margen de las *Helénicas*, Jenofonte presenta una obra diversa que plantea no pocos retos historiográficos. Tengamos en cuenta,

si no, la *Ciropedia*, obra con voluntad biográfica, con un pretendido fondo histórico y una orientación didáctica; una obra original, diferente a la de Heródoto y Tucídides. Por fortuna, en la actualidad, se está recuperando a Jenofonte como figura historiográfica y estamos seguros de que pronto hallaremos análisis sobre este con la misma calidad y minuciosidad que los presentados en la obra que estamos valorando.

Entrando en detalles, entendemos que el capítulo 7, firmado por K. Vlassopoulos, y el capítulo 10, firmado por R. Thomas, difieren, por diferentes motivos, de la dinámica general de la obra. El primero presenta una introducción que, a nuestro parecer, es bastante desafortunada, pues afirma que cualquier historiador presenta una suerte de «afinidad gremial», es decir, que tanto Heródoto como el que escribe estas líneas tienen una misma forma de concebir el pasado y el tiempo (p. 156-7). El autor incluso afirma que Heródoto y Michelet son «colegas», pero desde aquí nos remitimos a las lecturas de Nicole Loraux para ofrecer un punto de vista radicalmente opuesto. El caso de R. Thomas es muy distinto, pues el prestigio y la fama de la autora la preceden. La objeción que presentamos a su contribución, acerca de Tucídides y su percepción del cambio social como motor de la historia, no se centra en el contenido, sino en la idoneidad de incluirla en el volumen.

Como venimos diciendo, la obra versa principalmente sobre la recepción de Heródoto y Tucídides en la historiografía de los siglos XVIII y XIX, y, en este aspecto, la profesora Thomas, pese a realizar un buen trabajo, se aparta de esta línea. Además, consideramos que la conexión que establece entre Tucídides y el pensamiento médico de su época no constituye un rasgo historiográfico original del historiador ateniense, pues-

to que ya en Heródoto podemos advertir una fuerte impronta de la medicina hipocrática. Recomendamos al respecto la lectura de J. Jouanna en su contribución a las actas del congreso internacional *Hippocrates in Context* (Leiden-Boston, 2005, p. 3-27). Aquí se explora la relación entre historiografía y medicina a nivel metodológico y epistemológico, evidenciando que ambas disciplinas compartían enfoque gracias a la ya citada *ιστορίη* jonia. De igual forma, la relación entre historiografía y medicina también puede verse en la misma antigüedad a través de Polibio (XII. 25d s.), quien glosa lo anterior perfectamente. Quizás hubiera sido interesante eliminar las contribuciones a las que hemos hecho referencia e incluir algún análisis sobre la historiografía del siglo XX: el impacto de la historia económica, la escuela de los *Annales*, la historia social anglosajona, todo ello en conexión con el materialismo histórico. Algo de lo anterior toma cuerpo en el capítulo 12 (E. O'Gorman), pero entendemos que podría incidirse mucho más en la cuestión, teniendo en cuenta que P. Burke (cap. 2) es un gran especialista en el tema.

La obra reseñada es totalmente recomendable pese a las pequeñas objeciones que hemos planteado. En general, su lectura cumple con creces uno de los requisitos más valorados por los historiadores: genera reflexión. Estamos seguros de que encontrará una buena acogida en el mundo académico, porque se aprecia un gran esfuerzo por parte de los contribuyentes y su editora.

César Sierra Martín

Universitat Autònoma de Barcelona

